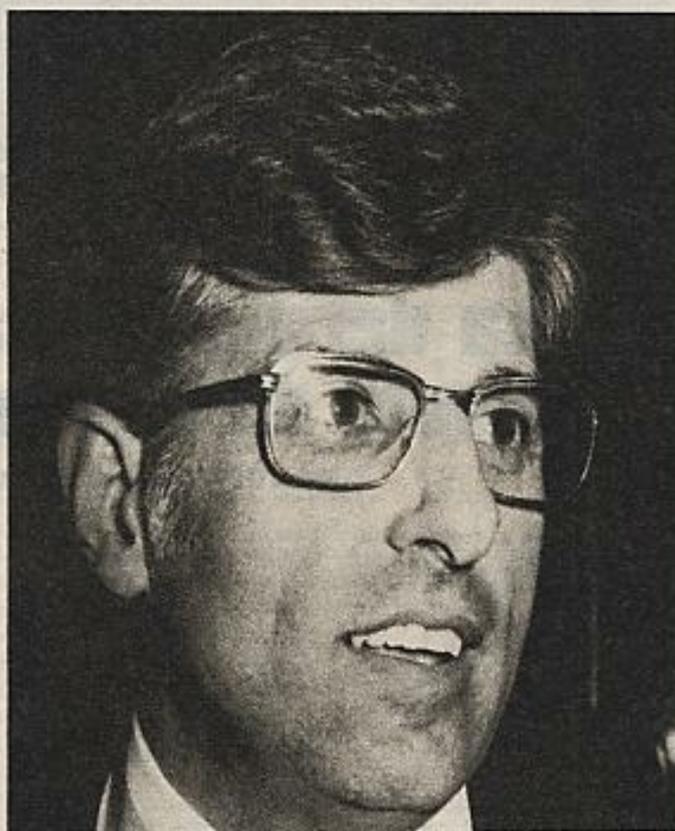


TE lo presentan, hablas cinco minutos con él y en seguida piensas: este es un tipo interesante, aquí hay un magnífico ejemplar socrático, y sientes la percepción mediterránea de que la inteligencia y la bondad son intercambiables, de que la sabiduría y la naturalidad son vasos comunicantes en ciertos seres elegidos. El doctor Paco Torrent, cuarenta y ocho años, tiene un rostro lleno de ángulos agudos, una tensión muscular de arco que apunta con la flecha de una mirada extremadamente perspicaz detrás de unas dioptrías de sabio de andar por casa, el pelo ceniciento con crestas rebeldes, un ligero balbuceo, un respunte de duda en el hablar, acompañado de guiños y tics, modelo anglosajón, de hombre flaco y listo.

Se trata sólo de un médico de Denia. En una placa dorada, de las que se saca brillo con netol, en la fachada de su consulta en la avenida Marqués de Campos, sombreada de falsos plátanos, se puede leer: doctor Francisco Torrent. Medicina Interna. Acudes allí y te sana una bronquitis, te descubre una piedra en el riñón, te cura un flemón en la rodilla o te diagnostica el dolor en el costado. A cambio de unos honorarios razonables puedes permitirte el lujo de que te palpe el hígado un candidato oficial a Premio Nobel de Medicina.

Considerado superficialmente este señor es un buen médico en una pequeña ciudad del Mediterráneo, rodeado de un aura de hombre sensible e inteligente, pero su especialidad concreta es el tema del corazón. Es un cardiólogo investigador. Y ejerce además como humanista de litoral. Con él te puedes tomar un arroz con costra y hablar durante tres horas de la Historia como aventura físico-química, puedes compartir una cerveza con langostinos y elucubrar con olor a brea de barco frente a la mar acerca de la religión y el azar de la membrana, de la influencia del anhídrido carbónico en la espiritalidad de las gentes. Así de simple, como si no pasara nada, con la naturalidad de un sabio de incógnito que pasa de todo. Pero resulta que desde hace algunos años, este médico de Denia ha revolucionado mundialmente la cirugía del corazón. Hasta que el doctor Paco Torrent no descubrió la específica estructura del



EL DOCTOR PACO TORRENT, UN SABIO EN SU RINCON

MANUEL VICENT

músculo cardíaco, las válvulas mitrales se adaptaban mediante un anillo rígido. A partir de sus investigaciones, las prótesis coronarias se aplican con un anillo flexible. Eso es todo. Detrás de esto hay una aventura vivida intensamente por un científico solitario.

Ahora una mujer entra en su consulta y le dice que siente un pinchazo aquí, debajo de las costillas, y el doctor le contesta que eso es flato. Un señor huertano le pide un electrocardiograma. El doctor coge los aparatos y los cables y se lo hace. Otro llega con un reuma articular o con una cara colorada como la sobrasada a punto de la hemiplejía o con un

hinchazón de botarga al borde del infarto fabricado por mil paelas valencianas. Una sala de espera llena de pacientes de toda clase. Una consulta diaria de ocho horas con los pequeños, múltiples, consabidos alifafes de una clientela particular, una labor metódica y aburrida de médico en pequeña ciudad, mientras en el National Heart Hospital de Londres se analizan ahora mismo sus últimas teorías para conseguir una aplicación práctica en sofisticadas operaciones de corazón.

Cuando era estudiante en la Facultad de Medicina de Valencia, el tipo hacía como los ladrones sacrilegos que quieren robar

una talla románica y se esconden en el confesonario hasta que los sacristanes cierran el cancel. El universitario Paco Torrent se camuflaba en cualquier retrete a la espera de que los bedeles apagaran las luces y el caserón quedara vacío. Entonces, él volvía iluminado con un cirio a la sala de disección y allí, en la soledad de la alta noche, con todos los cadáveres y libros a su disposición, en medio del cuadro de Edgar Allan Poe, el alumno Francisco Torrent Guasp, natural de Gandía, emprendía el estudio macroorgánico del corazón en el punto donde lo abandonó Vasalio. Sólo con su inspiración privada, a ojo de buen cubero.

Pero este médico no es exactamente un sabio desconocido. Ni un aventurero como esos que predicán la curación del cáncer con una receta de hierbas, cebolla y agua de litines. Es un investigador solitario, escuela española, un individualista rodeado de corazones de cardos, corderos y vacas, un surtido de matadero público. Estudió Anatomía en la Universidad de Saint Andrews, Escocia. Pasó luego por el Departamento de Farmacología y Fisiología del Eugene Talmadge Hospital de Augusta, Georgia, EE.UU. Fue subvencionado por el Public Health Service y la American Heart Association. De modo que durante algún tiempo fue un cerebro fugado y bien recibido en el exilio científico, un alevín de investigador que no llegó a comprender el trabajo en equipo porque era un mediterráneo imbuido por la aventura romántica del descubrimiento sensacional e individualista. Así que un día se cansó, recogió su fichero y volvió a su tierra. Se encerró en casa, abrió consulta y siguió investigando por su cuenta fuera de horario. Publicó monografías rápidamente traducidas en todas las revistas de la especialidad españolas y extranjeras. En 1974 le concedieron el Premio Miguel Servet por sus trabajos desarrollados en la última edición del Gray's Anatomy, libro de texto en las Universidades anglosajonas. Recientemente, sus estudios anatómicos han servido de punto de partida para una investigación matemático-geométrica por D. D. Streeter, de Washington.

Pero ahí lo tienes, en Denia, con las manos en los bolsillos como si no pasara nada. Un joven Sócrates de paisano, un Vasalio

La nueva postura

que se acerca a veces al matadero municipal y le dice al matarife: póngame usted tres corazones de vaca, dos de cordero y cuatro de cerdo. Se los lleva a casa, los extiende debajo del flexo de cien vatios, nada por aquí, nada por allá, sólo con la mirada y unas pinzas y se inviste a el mismo de sabio renacentista, sin más aparatos. Te lo imaginas con jubón de terciopelo, calzas ceñidas y grandes babuchas de cuero en una alta alcoba de columnas, con las baldosas blancas y negras iluminadas por un vitral de losanges emplomados y la mesa llena de pergaminos rayados con fórmulas de tinta sanguínea, dibujos de músculos en rosca, cifras secretas y llamadas esotéricas. Lo conoces y a los cinco minutos piensas que este tipo haría maravillas en un cibernético y sofisticado departamento de investigación de cualquier país del frío. Pero no es así. En Denia hace una temperatura ideal y los salmónes son de excelente calidad. La dulzura del ágora griega poseía también una morbidez que disparaba la imaginación.

El doctor Torrent acaba de publicar un libro, "Físico-química de la Historia, la religión y la familia". Una vez más, él solo acaba de descubrir el Mediterráneo a nado, con el mismo esfuerzo individual con que lo hicieron en su día los fenicios. El libro es un análisis desde el primer comportamiento azaroso de la membrana hasta las formas de organización de las comunidades políticas y religiosas. Lo lees y vas saltando por una serie ininterrumpida de intuiciones geniales, de presentimientos científicos, de relámpagos que iluminan las cavernas, de síntesis alucinantes. Piensas que muchas cosas ya las han escrito otros, que algunos problemas ya están resueltos. Pero lo que cautiva es la aventura intelectual, individualista de un hombre extremadamente inteligente que analiza el mundo con una mirada pura, partiendo desde cero cada mañana, como si sorprendiera por la ventana los albores de la era cuaternaria.

El doctor Paco Torrent es un griego del ágora o un renacentista del Mediterráneo, que rema en soledad como un aventurero de la inteligencia contra el signo de los tiempos. Lo que seduce es su personalidad. Por un precio módico te puede, además, palpar el hígado. ■



HOW to Prosper During the Coming Bad Years es una criatura del espíritu nacida del amor que no osa decir su nombre. Para ser exacto, de las ganas de comer caliente de un tal mister Ruff y la compulsión yanqui de cambiar el coche a la llegada de la primavera. Si se prefiere acudir al eufemismo, habría que hablar del llamado "How..." como un libro. O mejor acaso de un opúsculo, en la acepción del término previa a la irresistible ascensión del Opus Dei.

"How to Prosper During the Coming Bad Years" fue engendrado, tal cual ocurrió siempre con los hijos espúreos, en circunstancias ignoradas y que han de presumirse viles. Y que además no vienen al caso. Lo que cuenta es que "How to Prosper...", título cuya

traducción no acometo por elementales razones de decoro, saltó al estrellato en el último mes de diciembre de la década ya ida. Para ser preciso una vez más, apareció en el quinto puesto de los best-sellers que conquistan el corazón y la fantasía del americano medio. Y apareció, y esto también cuenta, de improviso, arrallador, dispuesto según todos los indicios a predicar con el ejemplo en las listas de la revista "Time", apartado libros de "no-ficción". (Con lo cual ya puede masticar el lector su primer comentario procaz sobre el carácter ilusorio del engendro. Sorry.)

Pero por ser quien es, venir de donde viene, ir a donde va y perder su tiempo en esta página, el lector sí puede pensar que, sin necesidad de saborear, ya sabe cómo fue cocinada esta réplica a la "Epístola Moral a Fabio" — así lo pensó también quien le informa — y que en consecuencia el "How much" aludido apenas alcanzará a ser la versión, impresa en inglés comercial, de las máximas que los pueblos de tradición oral recibimos por los rincones al acercarnos al umbral de la vida adulta. Pues no. Si así hubiera pensado, el lector marraría en la misma medida en que marró quien esto escribe.

El señor Ruff, contra todas las apariencias, no ha transcrito y dispuesto las diversas fórmulas del arte de Onán, ni su libro para ganar claridad debería aludir en su título a los placeres horacianos, ni las páginas que compuso contienen rafiña alguna procedente del saber milenario de las gentes hechas a no mirar para probarse que toda la vida es sueño. El americano Ruff, por el contrario, habla del ahorro de la libido para aplicarla a asuntos prácticos. Define, pues, negocios posibles, aconseja pau-

tas de conducta honorables y dibuja con tino, en el sombrío escaparate de los años que muestra, dónde ganar un dólar. En los malos días que llegan se puede prosperar a costa del prójimo y eso es todo. Como se ve, ladrón del fuego mister Ruff no lo es, aunque su imaginación cabalque detrás de la diligencia y quepa sospechar que ya metería la mano en los cajones del marketing de las grandes corporaciones, siempre tan prósperas en los años que se van y en los que se quedan.

Este apartado confin de la tierra no tiene grandes corporaciones, y si las tiene no son propiamente tuyas, por lo cual veo más bien escasa la renta que podamos sacarle los españoles al nuevo eptome yanqui para cruzar indemnes el sueño del Faraón. De modo

que quien busque aquí prosperidad ahora habrá de atenerse a otras recetas más rudas, menos abstractas en la formulación y sólo moderadamente prácticas, cuyo mejor ejemplo sería aquella que reza: "verlas venir, dejarlas pasar y si te escupen decir que llueve".

Hay que reconocer, no obstante, que las nuevas mercancías de la historia nos cambiaron la decoración y que, por ello, ni la poética moral de nuestros antepasados ni el simple refranero sirven a nuestros hijos, así sea sólo por el punto de desajuste entre lo que se nombra y lo que hay. Si al paso que vamos todos diremos "bingo" para desear suerte, alguien debería escribir aquí unas cuartillas, un libro tal vez fuera demasiado, para guiar a las generaciones ya alfabetizadas, hechas a los tests y que ignoran lo que es el cobijo del buen árbol por que buscan la sombra, cuando la buscan, al arrimo de una valla anunciadora. Pero hablo de escribir unas cuartillas y temo haber errado otra vez, ahora por elevación. Con un decálogo distribuido en un "poster" bastaría, que las nuevas generaciones son dadas al audiovisual y al slogan. Y si se me apura, ni el decálogo. Los dos mandamientos que encierran los diez se sobran para regalar un año próspero. (Pedir una década, eso sí, lo veo por demás.)

En fin, como quien sugiere propuestas sabe que nadie se toma la molestia de atenderlas, ahí van esas dos máximas con las que, a mi leal saber y entender, un joven de hoy puede disfrutar de 365 días de loca incredulidad en su buena suerte. Son simples y se aprenden pronto: en vez de "pasa contigo, tío" diga "sí señor"; en vez de "no gasto", "mande usted".

Un buen año, en estos malos tiempos, no se lo dan a cualquiera. ■

PROSPERAR

ISAAC MONTERO